

# EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

**SUMARIO.** *Revista de Modas*, por D.<sup>a</sup> Aurora Perez Miron.—*La mujer en la edad media*, por D.<sup>a</sup> Angela Grassi.—*La muerte del Justo* (soneto), por D. Antonio Arnao.—*La Hermosura del alma* (continuacion), por D.<sup>a</sup> Micaela de Silva.—*El sueño de un Angel* (poesía), por D. Luciano García del Real.—*Modas*.—*LÁMINAS: Figurin*, numero 821.—*Figurin de Peinados*.—*Pliego de Dibujos y Patrones*.



## REVISTA DE MODAS.



LGUN periódico ha lanzado al público este grito de alarma, que ha causado profunda sensacion en las señoras: *¡ha caído el miriñaque!*

Constante defensor de la verdad nuestro periódico, órgano autorizado en la materia de que se trata, no puede dejar pasar sin correctivo esa idea. El miriñaque se sostiene, promete sostenerse largo tiempo; pero no el miriñaque que convertía á la mujer en un globo Mongolfier, ó en una máquina de acero, que arrastraba cuanto á su paso se oponía, sino el miriñaque reducido, el miriñaque que deja ondular graciosamente los pliegues de su falda, el miriñaque, *mignon*, como le llaman nuestros vecinos; ese miriñaque, en fin, que deja al vestido ser vestido, y á la mujer ser mujer. Hoy su mérito principal consiste en disimularse, y entre señoras distinguidas hemos visto alguna á quien se ha hecho esta pregunta:

—No lleva Vd. miriñaque?

Y sin embargo le llevaba, llevaba el que hoy exige la Moda; enagua negada sin aceros en la parte superior, y con tres ó cuatro muy flexibles en la inferior. Hé aquí la prenda indispensable á nuestros trajes actuales, prenda modesta que presta sus servicios sin exhibirse, y que semejante al verdadero mérito, vale mas cuanto menos se muestra.

Preocupa tambien á nuestras bellas la encarnizada lucha que sostiene el traje largo y el traje corto. El largo va teniendo proporciones mas exajeradas cada dia, hasta el punto de que su cola es digna de un traje de corte... ¿Deben hacerse á la Moda

concesiones que rechaza el buen sentido? Oh! no! No. La encantadora deidad no exige tanto: ella marca en su código, siempre aceptable, el traje de cola para salon! el traje corto para la calle! El aseo, la comodidad, hasta la coqueteria, apoyan á la Moda. La reforma es atrevida, pero la reaccion avanza, y aficionadas al traje largo dicen á veces involuntariamente:

—Qué gracioso es el traje corto! Qué pié tan lindo tiene Julia ó Adela!

¿No hubiera sido imperdonable que los pliegues del traje hicieran pasar desapercibida esa perfeccion que deben á la naturaleza? Hay sin embargo señoras que por su edad ó circunstancias, no aceptan esta innovacion, y conservarán largo tiempo su traje largo: justo es hacerles la concesion que desean, aconsejando en cambio á las jóvenes que adopten para calle la falda corta, y para salon la falda de inmensa cola.... Verdaderos encantos del vergel del mundo, deben ser en el salon la aristocrática camelia, y en las calles la humilde y campesina margarita!

Dominan para trajes de pocas pretensiones las camisas rusas de alpaca blanca, adornadas de tafetan de otro color, de pasamaneria ó de bordado ruso, y con la alpaca blanca sostienen reñida competencia el nanzouk, la muselina, el organdí blanco, auxiliándose estas con los bordados, los encajes de Cluny y los bullones. Las camisas rusas triunfan en toda la línea. Nada mas cómodo en esta época del año que una de estas sencillas camisetas debajo del *paletot*, ó con una falda ligera para servir de complemento á un traje de joven. No nos cansaremos



de elogiar esta prenda que tantas ventajas de economía y gusto ofrece á nuestras elegantes.

La moda de los trajes completos de la misma tela reina á la par que las camisetas, y á este efecto recomendaremos á nuestras lectoras uno compuesto de falda y paletot de seda color de salmon (*figurin, mim.* 821), nesgada la primera y con ancho guipure negro en el bajo, colocado entre dos terciopelos. El paletot, que cierra en V por delante con un broche-camafeo, se abre hácia los costados, y el adorno de guipure figura en su aldeta patas, pasadas las unas por las otras y sujetas por un boton; otras tres van colocadas en el pliegue del pecho, y la manga justa lleva en el hombro el adorno de las aldetas y en el bajo una ancha vuelta de guipure. Puede acompañar á este traje un peinado de bandós dobles y rizados, con trenza colocada en diadema, moña de lazadas, y doble cadena Benoiton, de azabache.

Entre las novedades que diariamente se inventan para traje de campo, merece tambien especial mencion un traje de seda azul con falda cortada en profundos picos, orillados de cinta negra con estrellas blancas tejidas, completando el largo de la falda un ancho volante de la misma tela; camiseta de muselina blanca moteada, y *paletot-peplum* completan el traje. Este caprichoso paletot no tiene mangas, baja recto del costado izquierdo, y cruza el derecho á sujetarse en el hombro izquierdo con un lazo de la misma cinta que le adorna, y del cual descenden largas caídas. Acompaña á este traje de encantadora novedad un sombrerito redondo de paja de Italia con trenza de paja, borlas de lo mismo y grupo de flores silvestres.

El *peplum*, como ven nuestras lectoras, adquiere cada dia mayor favor, y lo mismo en los trajes de seda y lana, en los que esta prenda la constituye una aldeta postiza y nesgada, con las aberturas y ángulos al costado, que en los trajes de sociedad, en que el *peplum* es verdaderamente griego, con su plegado en el talle y su atrevido escote, pudiendo ser hecho en muselina, en crespon, y hasta en encaje, para jugar sobre cualquier vestido, esta prenda está llamada á formar época en nuestras modas actuales.

Por su novedad citaremos tambien un traje para niña, formado de falda con dos bullonas al canto, y paletot escotado y de puntas redondas: este traje es de seda blanca y negra, de mil rayas, y va orillado el paletot con una cinta grana, la cual forma lazos en los hombros, de los que parte una larga brida, anudándose en la espalda las dos, y cayendo flotantes: otras cintas forman costadillo y ciuturon sobre el mismo paletot, completando el traje camiseta alta y sombrero redondo de paja de arroz con pluma blanca.

Los sombreros de distintas formas continúan repartiéndose el favor de nuestras bellas; pero casi podemos decir que se han fijado los gustos, eligiéndose la forma *Lamballe* para sombrero de vestir, y el *Mandarin* para trajes de campo, si se trata de que lo use una jovencita, que sino, la forma inglesa es la generalmente admitida. Mucho podríamos decir de sus graciosos y variados adornos, pero preferimos trasladar nuestros detalles á otra revista, para tratar el asunto con toda la estension que merece.

AURORA PEREZ MIRON.

## INSTRUCCION.

### LA MUJER EN LA EDAD MEDIA.

Segun cultiva el labrador sus campos, así vé aparecer con la primavera las espigas del trigo, doradas y robustas, que se balancean ufanas, pero sin doblegarse al vaiven de los contrarios vientos, ó las delgadas y pálidas espigas, que oscilan al menor soplo de la brisa, como las olas temblorosas de los mares.

Segun el grado de consideracion que el hombre otorga á su bella compañera, segun los solícitos desvelos de que rodea su cuna, así hace de ella un ser privilegiado, ó un ser frívolo é insignificante.

Obra suya son las virtudes y los vicios de la mujer, su

elevacion ó su abatimiento; pues si bien es cierto que ella hace las costumbres, necesitan para entronizarlas la sancion del que las constituye en leyes, y que soberbio y egoista, se ha reservado para si solo el monopolio de todas las cosas de la tierra.

Si la mujer es ó no apta para llevar á cabo grandes y sublimes hechos, nos lo dice la historia de todos los paises en sus páginas eternas.

Hubo una época, y esa fué la de la Caballería, época llamada de hierro, pero fecunda no obstante en portentosas hazañas, en nobles y levantados sentimientos, los cuales fueron debidos sin duda alguna á que el intrépido caballero, al par que por su Dios y por su Rey, peleaba por su dama.

Entonces, la mujer se vió colocada sobre un altísimo so-



## LA HERMOSURA DEL ALMA.

(CONTINUACION.)

## XVI.

En los días que precedieron al arribo de su tía, Matilde se mostró preocupada y triste; á pesar suyo, revivían los resentimientos que juzgaba extinguidos para siempre; su tutor lo había previsto, y por eso aguardó una ocasión oportuna para darle la noticia. Cuando el alma se halla conmovida por sentimientos generosos, está por lo regular, mas dispuesta al perdón de las injurias.

En cuanto á la muerte de su tío, se la hizo saber sin rodeos, porque Mr. Adelmár era uno de esos seres egoístas, indiferentes y nulos, que no son capaces de inspirar cariño ni odio, y pueden irse al otro mundo sin dejar en éste un vacío, ni aun en su familia.

Una mañana, el cartero trajo una carta con sello de París; la carta venía lacrada de negro.

El corazón de Matilde se oprimió al verla. Su tutor la dijo:—Matilde, mañana deben llegar tu tía y su hija...

—¡Voy á verlas!... dijo suspirando, y después de una pausa, no muy breve, añadió, no las tengo mala voluntad... pero mentiría si dijera que tengo muchos deseos de abrazarlas; soy demasiado franca para que pueda yo acogerlas con muestras de cariño.

—Matilde, dijo Enriqueta dulcemente, tu tía no tiene ya esposo: tu prima se ha quedado sin padre, y tu corazón es demasiado bueno para que deje de dictarte los consuelos que ambas tienen derecho á esperar de su mas próxima pariente.

—¡Yo tampoco tengo padre, y no por eso me han tratado ellas como tenía derecho á esperar de mis mas próximas parientes! dijo Matilde refunfuñando, y tan bajito, que ni Enriqueta pudo enterarse de lo que decía... Mas valía para su maestra.

Así se ahorra el disgusto de saber que su obra no estaba completa.... No se hacen los santos en un día... No se olvida las injurias en pocos momentos... en el camino de la perfección se avanza paso á paso, y no de un salto.

Al día siguiente los dos esposos, Montreal y sus dos protegidas se dirigieron á Montbrison: allí todo estaba en movimiento para recibir á la que por muchos años había sido casi la dueña absoluta del castillo y sus dependencias; los criados rivalizaban en celo y actividad.

Oyerónse al poco rato los chasquidos y voces del postillon.

—¡Ahí están ya!... gritaron á un tiempo tres ó cuatro servidores. Vamos, hija, es necesario que bajes á recibir á tus parientes, dijo el doctor cogiendo por la mano á su turbada pupila, y encaminándose á la escalera.

—¡Válgame Dios, qué mejorada la encuentro! dijo la viuda después de abrazar á Matilde; os aseguro, mi estimado y buen doctor, que á no habérmela presentado vos no hubiera reconocido á mi sobrina en esta jóven tan bien formada y graciosa!... ¿Y Mad. Montreal?

—Vais á verla, dijo su marido presentando el brazo á la viuda. Matilde ofreció el suyo á Paulina, y los cuatro subieron la escalera. Mad. Montreal, que aguardaba en el último tramo, saludó á las recién llegadas con mas galanteria que amistad.

Enriqueta las hizo una profunda reverencia, que fué contestada con un saludo ceremonioso y acompañado de un gesto de sorpresa, y si se quiere de disgusto. Para las mujeres infatuadas con su propia hermosura, ó la de sus hijas, no es agradable la vista de una jóven notablemente bella y distinguida; fácil era comprender en las miradas oblicuas que Mad. de Adhemar dirigía de vez en cuando á la señorita de Waldbourg, que no estaba dispuesta, ni con mucho, á ser amiga suya.

Matilde se hallaba silenciosa y cortada en presencia de sus parientes, no sabía qué decirles; si las hubiera visto afligidas acaso el deseo de consolarlas hubiérala prestado elocuencia, pero ni la madre ni la hija necesitaban de consuelos; la primera solo hablaba de la herencia y de los pleitos que la costaría el ponerla corriente. La segunda solo se ocupaba de mirarse al espejo y arreglar los pliegues de su traje ó los rizos de su cabello.

Mad. de Adhemar, pretestando un gran cansancio, retiróse á su estancia, encargando á Matilde y á Enriqueta que acompañaran á Paulina hasta la suya. Entre jóvenes, dijo, nunca faltan motivos para charlar y reírse... Conversad y divertiros mucho, y hasta luego...

—¡Válgame Dios! Qué ojeras tengo! y qué pálida estoy! exclamó Paulina ya en su cuarto, y mirándose al espejo. El luto me sienta mal, añadió con un gesto de disgusto. Qué fastidio! tener que llevarle seis meses nada menos! A bien que aquí poco importa! Me haré cuenta que vivo en un desierto... y entretanto en París se divertirán en grande... Qué delicioso es el invierno en París! qué bien se pasan las noches! Aquí se harán eternas!... Verdad, Matilde?

—A Enriqueta y á mí nos parecen cortas, respondió la interpelada, que lo mismo que su amiga, estaba como quien vé visiones escuchando á la frívola parisiense hablar así del luto de su padre.

—Cortas!... repitió Paulina con asombro; cortas las noches del invierno! en este lugaron! Hay en él sociedad?

—Nosotras no tenemos otra que la de nuestros tutores, pero esta nos basta, repuso Matilde sonriendo.

—¿Te has aficionado al juego, prima? Supongo que tendreis partida de tresillo ó de ecarté...

—No lo creas, nuestros pasatiempos son mas variados, mas útiles y divertidos; hacemos diversas labores.

—Véis! hacer labor por la noche! Se cansa mucho la vista, y no es eso lo peor, sino que se hinchan los párpados y se irrita el blanco de los ojos. ¡Bonita cosa es tenerlos colorados!

—Pues mira, Enriqueta es la que mas trabaja, y ya estás viendo que los tiene muy hermosos.

¡Demasiado que lo estaba viendo Paulina!

Pero no tenía gana de confesarlo, y para eso lo mas oportuno era variar de conversacion.

Por lo regular juzgamos por el propio corazón el agego; Paulina creyó que hablando á las otras jóvenes de



lo mucho que se había divertido en París, de la variedad y riqueza de los trajes y aderezos que tenía, y sobre todo de los infinitos adoradores que allí había dejado, afligidos, por su ausencia, despertaría en ellas una envidia horrosa.

Pero echó mal sus cuentas, porque ni la una ni la otra pensaron en envidiarla.... por el contrario, halláronla muy digna de compasión... Sus necias palabras revelaban un fondo de vanidad y tontería que, á ser ellas menos amables, hubieralas hecho reír á su costa grandemente. Pero la burla no halla cabida entre las personas de noble corazón; solo el que no es bueno halla placer en notar lo malo que hay en los demás.

## XVII.

Matilde, que se hallaba deseosa de partir su fortuna con Enriqueta, no quiso de modo alguno informar á sus parientas de la ruina de Waldbourg; á los ojos de Paulina y de su madre, la huérfana rusa era rica y noble, á la par que bella. Si hubieran sabido que cobraba los honorarios de maestra, no hubieran dejado de humillarla (entiendase bien), no porque tales nombres humillen á la persona que los lleva dignamente, al contrario, lo ensalzan, porque suponen cualidad y talentos mas honoríficos... Pero ni la madre ni la hija eran capaces de apreciar el mérito por sí solo; la belleza, el rango, y la fortuna, eran á sus ojos mas que todas las virtudes y talentos del mundo.

Esto no es extraño, para dar al mérito su valor es necesario tener alguno, y el de ambas mujeres era escaso, por no decir nulo. Sin embargo, Mad. de Adhemar, aunque frívola no era mala, reconocía la superioridad de Enriqueta, y hasta la de Matilde sobre Paulina, y así llegó hasta decirle que las tomase por modelo.

No era Paulina mujer capaz de oír con paciencia los elogios que no iban dirigidos á ella. Cada uno de los que oía prodigar á Enriqueta, parecía un insulto, la envidia laceraba su corazón, y traslucíase de continuo en sus miradas. Mil dichos picantes la vengaban de los elogios que la verdad y la justicia solían arrancar á su madre.

Esta solía decir: fuerza es confesar que la señorita de Waldbourg es una joven hechicera, y que la feucha de Matilde, á su lado, se ha vuelto de modo que parece otra; hoy día es una joven afectuosa, modesta, instruida, y hasta elegante. ¿No has reparado, hija mía, en el buen gusto que preside á sus adornos? En la finura y distinción de sus modales? En la igualdad y dulzura de su carácter? Es una fortuna que hayas encontrado aquí esas jóvenes, cuyo trato además de agradable, puede serte muy útil. Me agrada que os veais á menudo.

Paulina torcía el gesto, poníase de mal humor, y rababa interiormente, pero instaba siempre á las dos amigas para que fuesen á verla, y esto, no por obedecer á su madre, sino por librarse del fastidio que la causaba el estar sola.

Matilde solía decir á Enriqueta. Paulina viene á ser para mí un espejo, la miro, y veo lo que hubiera sido yo, á no traerte Dios á mi lado!

En su cara se pintan las emociones que me agitaban en

otro tiempo cuando la miraba... Te mira con la expresión que tenían mis ojos antes de haberse mirado en los tuyos... la envidia, el odio, se retratan en sus facciones, y empañan el brillo de su hermosura... lo sé... y por eso me compadece la desgracia de Paulina. Quisiera remediarla... quisiera decirle: tú eres muy bella, querida prima... pero si te miraras al espejo cuando tomas ese aire despreciativo que afectas con nosotras, cuando riñes á tus criadas, y la ira descompone tu semblante... Cuando lanzas sombrías miradas á Enriqueta... Segura estoy de que tú misma te hallabas horriblemente fea.

El caritativo deseo de Matilde no era fácil que produjera frutos saludables. No se desarraigan fácilmente los vicios y defectos que han crecido á la par del cuerpo.

Matilde había cumplido 21 años; á esa edad no es casi posible dirigir con fruto las reprensiones. La voz de la verdad no había llegado nunca directamente á los oídos de aquella desgraciada criatura; desgraciada, sí, porque la mayor desgracia es no practicar la virtud. ¡Pobre Paulina! Todos habían adulado su niñez y su juventud, y la adulación, según ha dicho una señora muy ilustrada, viene á ser como la moneda falsa, empobrece al que la recibe.

Si alguna vez Matilde se atrevió á insinuarle que debía corregir los impulsos de su ira, bien convencida pudo quedar de que machacaba en hierro frío, porque lejos de atenderla, huía, lanzándole una mirada fulminante, ó contestábalas una sequedad, que no la dejaba gana de volver por otra.

Las criadas decían por detrás: la señorita Paulina es un demonio muy lindo, pero cuando llegue á vieja, será un demonio insoportable.

La misma señora de Adhemar quejábase muchas veces de los caprichos y resabios de su hija, y reñíala con dureza, sin hacerse cargo de que la mayor parte de la culpa la tenía ella, por haberla educado mal.

—¡Es cosa de no poderla sufrir! exclamaba con frecuencia: rabiando estoy porque se case y se vaya, cuanto mas lejos, mejor.

—¡Pobre Paulina! dijo una vez Matilde á su tutor; triste cosa es que ni su madre la quiera.

—¡Ni su prima puede quererla mucho! respondió Montreuil, en tono de broma: no es fácil amar lo que no es amable.

—Yo no sé si la quiero mucho, replicó Matilde, lo que sé bien es que la compadezco y deseo verla feliz.

La primavera ejerció en Paulina su dulce influencia, púsole de un humor menos atrabiliario.

Aproximábase la época de las aguas; las de Mont-Dor se hallaban entonces muy en moda; multitud de turistas y extranjeros de distinción acudían periódicamente á divertirse con el pretexto de los baños. La vanidosa joven soñaba ya con las conquistas y aplausos que aguardaba con impaciencia. El luto iba pronto á ser reemplazado con vistosas galas y vestidos encargados á París.

(Se continuará.)

MICHAELA DE SILVA.



## EL SUEÑO DE UN ÁNGEL.

En el lecho del dolor  
Una tierna joven yace  
Como pálida azucena  
Que el crudo cierzo combate.

En celeste arrobamiento  
Los bellos ojos entreabre  
Y suspira murmurando:  
« ¡Madre, mi adorada madre. »

Mira cuántos y que hermosos;  
Mira que mundo tan grande!  
« ¡Hija del alma! » la voz  
Dulce, amorosa, anhelante.

De su madre infortunada  
Clamó á su lado, « ¡mi ángel,  
Reposa, duerme, yo velo,  
Yo velo por ti, tu madre! »

Mas cual si á invisibles séres  
La doliente niña hablase,  
Así continuó diciendo  
Con espresion inefable:

« Zafir, esmeralda y oro,  
Violeta, azucena y rosa  
Forman nube esplendorosa  
De purísimo arreból;

Nube gigante, infinita,  
Bajo un dosel majestuoso,  
Mundo el mas bello y grandioso,  
El que alumbraba eterno sol.

Resuena un himno sublime,  
Y de su tierna armonía  
Bebe ansiosa el alma mía  
El dulcísimo raudal;

Y Dios con faz deslumbrante  
Desciende de su morada,  
Y fija en mí su mirada  
Y en el coro angelical. »

« Al sol humilla la fulgente altura  
Cuyos matices la ilusión no alcanza,  
Y allí á la Virgen mi filial ternura  
Contempla cual edén de la esperanza.

Rostros que el alba púdica colora,  
Bello jardín que el aura leve orea,  
Limpio cristal de fuente bullidora  
Que en sus ojos radiante se recrea.

Do quier amenidad; valles frondosos  
Al tibio rayo de la luz del cielo,  
Convidando á los ángeles hermosos  
De puros goces al constante anhelo.

Védlos allí; por el rosado ambiente  
En número sin fin risueños vagan,  
Y alzando hasta el Señor la blanca frente,  
Su voz sonora en éxtasis apagan.»

« Y vuelan en torno  
De mágica nube,  
Que descende y sube  
De otro ángel en pos;

Y entonan ¡hosanna!  
Sublime resuena,  
Y ambos mundos llena  
La gloria de Dios.

Y mi frente alumbraba  
Celeste destello,  
Y aquel ángel bello  
Me llama hácia sí.

« El amor, clamando,  
Que sueñas ufana,  
Inocente hermana,  
Lo hallarás aquí.»

Así la joven decía  
Con espresion inefable,  
Cuando de su hermoso sueño  
la alejó un dolor punzante;

Tendió los débiles brazos,  
Y exclamó: « Ven, no te apartes;  
No huyas, ángel mio, ven,  
¡ Ven! y abrazaba á su madre.

LUCIANO GARCIA DEL REAL.





## MODAS.

## Explicacion del Figurin de peinados.

Núms. 1 y 2. *Peinado de sociedad*, compuesto de bandós vueltos, sortijillas postizas, trenza y moña de cocas.

Se separa el pelo de las sienes para los bandós, y se levanta todo el resto del pelo al tronco, colocando el postizo de sortijillas sobre la frente, y sacando algunas por entre los bandós, entreabriendo el pelo con una horquilla; colócase despues una trenza postiza en la parte superior de la cabeza, haciendo con su principio y su fin las dos cocas de los lados, y con el cabello propio y relleno de crepé, se forman las otras cocas que componen la moña. Completan el peinado una hilera de tirabuzones cortos al pié, y sembrado de margaritas entre el peinado.

Núms. 3 y 4. *Peinado para teatro*, de bandós retorcidos sobre la frente y moña de cocas.

Ábrese para este peinado raya transversal á ocho centímetros de la frente, y se forman cocas entrelazadas, coronándolas con una gruesa trenza. Sepárase el pelo de adelante en tres partes; las dos de las sienes se levantan en bandó, se retuercen altos y se sacan las puntas por debajo del bandó mismo, formando otra coca, como muestra el modelo núm. 4. Con el pelo del centro se hacen despues cuatro separaciones, y cada mecha se peina hácia adelante, se vuelve sobre el dedo y se rodea hácia atrás, lo que forma esos medios bucles ó retorcidos que muestra el grabado. Falta solo colocar un grupo de tirabuzones ligeros al pié de la moña, y flores-campanillas, entre el peinado.

Num. 5. *Moña postiza* formada de tres cocas transversales, rellenas de crepé, y una trenza al pié de ella.

Num. 6. *Otra id.*, formada asimismo por tres cocas, mas prolongada la de encima, y cocas martillo, ó sean lazadas, al borde inferior de uno á otro extremo de la coca mas alta: estas llevan asimismo, crepé dentro.



## Explicacion del pliego de Dibujos.

Núms. 1 y 2. *Cuello y puño*, bordados con aplicacion de muselina sobre tul: el segundo lleva al costado un falso jareton debajo del bordado para colocar los botones.

Num. 3. *Camiseta*, bordada en nanzouk á punto Méjico, con negro ó color, para vestidos escotados.

Num. 4. *Cenefa* para enagua, formada por jaretas, festones y ojetes.

Num. 5. *Entredos*, bordado al pasado y la inglesa.

Num. 6. *Otro idem*, bordado á feston y pasado.

Num. 7. *Cenefa*, bordada á feston y pasado.

Num. 8. *Ramo* para corbatas, bordado á punto Méjico.

Num. 9. *Cenefa*, bordada á feston y la inglesa.

Núms. 10 y 11. *Escudos ricos*, bordados á plumetis.

Num. 12. *Pañuelo*, bordado al pasado, y terminado por jareton.

Num. 13. *Otro id.*, bordado á punto ruso, con lana ó lancil.

Num. 14. *Escudo*, bordado á punto Méjico.

Núms. 15, 16 y 17. *Nombres*, bordados á plumetis.

Núms. 18 y 19. *Cifras*, bordadas al pasado, para ropa de cama.

Núms. 20, 21 y 22. *Cifras*, bordadas á plumetis, para pañuelos.

Num. 23. *Cifra doble*, bordada á feston y cordoncillo, para juegos de mesa.

A la espalda van dos patrones de falda *Emperatriz*, cuyo grabado recibirán con el número inmediato nuestras suscriptoras. No dudamos que éstas sabrán agradecer estos modelos, hoy que el armar una falda es tan difícil como hacer un cuerpo. Las rayas marcan las que tiene la tela, ó sino, el hilo de ella y el biés. El núm. 1 corresponde á una falda sin vuelo por delante, y con dos tablas por detrás, y el núm. 2 á otra sin vuelo ninguno por arriba, como una sotana: los números de cada paño marcan su largo, y corresponden á la cinta métrica. Los números 3, 4, 5 y 6, corresponden á un cuerpo escotado, para niña, con guarniciones de seda ó bordadas, si el vestido es blanco.

Por lo no firmado: el Director  
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.